

### III

Rosario no consintió en moverse de Epila hasta que se efectuó la recolección, las cosechas estuvieron vendidas y el trigo en los trojes.

A fines de Septiembre pudo por fin don Dámaso arrancarla de la gran casa de labranza donde había nacido, y que, es preciso decirlo, dejó con un vivo dolor para ir á Madrid, al que en manera alguna deseaba ver.

Su mal humor habitual se aumentó con el dolor de la partida, y en todo el camino no habló ni una sola palabra.

Casilda, á pesar de sus vivos deseos de preguntar á su amo, tampoco se atrevió á desplegar los labios.

Como primera medida, se alojaron en la misma fonda donde paraban las diligencias, y al día siguiente, bastante de madrugada, don Dámaso, Rosario y Casilda salieron para buscar una habitación y amueblarla en seguida.

La joven se cansó muchísimo y volvió á casa de pésimo humor, porque lo que es por aquel día no pudieron hallar nada que les conviniese, en atención á que, acostumbrados á la gran casa se-

ñorial de Epila, todas las que veían les parecían jaulas.

Durante las horas que estuvieron andando, Casilda se quedaba extasiada delante de las tiendas. Rosario pasaba casi sin concederles una mirada.

Acompañábales un sobrino de la propietaria de la fonda, joven listo y despejado, que se asombraba mucho al ver la indiferencia de Rosario.

Don Dámaso iba delante con el muchacho, del que ya se había hecho muy buen amigo.

—Paquillo—le decía,—¿sabes que Madrid es muy grande? ¿Sabes que no me lo figuraba yo así? ¡Qué señoras tan adornadas, qué gentío por todas partes, qué riqueza en las tiendas!

—¿Pues qué dirá usted cuando vea los teatros y los paseos?

—¿Qué diré? Lo mismo: que me asombran.

—¿Pero la señorita no se divierte?

—Ya ves que no. Hijo, tiene un genio raro: su gusto es estar en casa trabajando siempre.

—¡Siendo joven y tan bonita!

—Pues ahí verás.

Volvieron todos á la fonda á la hora de comer. Rosario, rendida, se acostó al instante para poder emprender de nuevo la caminata al día siguiente.

En aquella segunda salida fueron más afortunados, pues hallaron en la calle de la Montera un hermoso, cómodo y capaz cuarto segundo.

Alquilado ya, se procedió á comprar el mueblaje, que don Dámaso quería que fuese *bueno*, y

en el que se gastó muy cerca de dos mil duros el buen señor.

La casa se alhajó, en efecto, con elegancia, y Paquillo, que miraba con muy buenos ojos á Casilda, se encargó de avisar á dos ó tres memoria-listas para que enviasen un criado y una cocinera. Rosario no quiso ni aun oír hablar de doncella, diciendo ásperamente á su padre si querían á Casilda para que se estuviera durmiendo ó manejando el abanico.

El día mismo de la instalación, Rosario escribió esta carta, con la letra gruesa y redonda que había traído del convento:

«Mi querida madrina: A mi padre le ha dado gana de venirse á vivir á Madrid, y aquí estamos, calle de la Montera, número 11, cuarto segundo, derecha. Ya iré á ver á usted así que abra los baúles y arregle un poco esta casa, pues ya sabe usted lo amiga que soy del orden y la limpieza.

»Mi padre la saluda á usted, y la abraza su apasionada ahijada

ROSARIO MAROTO.»

En el sobre puso: «A la señora Marquesa del Puerto, calle de Alcalá, etc.,» y Paco la llevó para enviarla por el correo interior.

Al día siguiente se tomaron los dos sirvientes. Rosario se escandalizó al oír que el criado le pedía ciento veinte reales al mes de salario, y ochen-

ta la criada; pero su padre, que estaba delante, le dijo:

—¡Anda, mujer! No escatimes y que estemos bien servidos. ¿No ves que aquí anda todo de caro por las nubes?

Rosario tenía un talento muy claro, y calló, no queriendo contradecir á su padre en presencia de los criados; pero así que estuvieron solos, le regañó agriamente, y le aseguró que buscaría otros porque no quería pagar tan caro el servicio.

A eso de las dos fué la Marquesa á visitar á su ahijada.

Era una señora de una edad mediana, que parecía no pasar de los treinta y seis años. Aún se veían en su rostro las señales de una gran belleza, y, sobre todo, una expresión interesante de bondad, de animación y de alegría.

Su traje era rico y esmerado, pero sin pretensiones. Llevaba un elegante vestido negro y una preciosa manteleta; una capota de encaje, negro también, con grandes flores de terciopelo encarnado, cubría sus cabellos castaños, sedosos y abundantes.

Abrazó á Rosario y la besó con ternura.

—¡Dios mío, qué bella estás!—exclamó mirándola.—No te había visto desde que te dejé de dos meses; pero te hubiera conocido, porque te pareces mucho á tu madre. ¡Ah! Nunca olvidaré el modo con que me cuidó, cuando fuí á pasar un

verano á tu pueblo y caí tan enferma. No pudiendo dar á tu madre otra prueba de gratitud, quise ser tu madrina cuando te dió á luz y yo me restablecí, y ahora estoy orgullosa de tener tan linda ahijada.

La Marquesa dijo todo esto sin dejar de acariciar á Rosario, que, grave y fría, la escuchaba en silencio.

—Es preciso que te presente en el gran mundo—prosiguió la Marquesa.—Tan linda y tan rica, harás un soberbio casamiento.

—Perdón, madrina—repuso secamente la joven.—Por ahora no pienso casarme.

—¡Cómo! ¿No tienes vocación al matrimonio?

—No, señora.

—Sin embargo, esa es la carrera de la mujer. Una joven soltera no es nada en el mundo. Viuda, como yo, ya es otra cosa. Ya ves: yo quedé libre á los veintitrés años, y no quise volverme á casar. Cuando fuí á Epila con mi padre, estaba para casarme y tenía sólo catorce años. Con que, hija mía, vamos á casa de mi modista para que te haga algunos trajes.

—¿Ahora?—exclamó Rosario.—Tengo las planchas puestas á la lumbre, madrina.

—¿Qué dices?

—Que voy á planchar.

—¡Qué horror! ¿Tú?

—¿Pues quién lo ha de hacer? Casilda entiende poco de eso.

- ¿Pero no tienes doncella?  
 —De aquí, no; ni la quiero.  
 —¿Y vas tú á planchar y recoser la ropa?  
 —Como siempre.

La Marquesa se levantó y tiró del cordón de la campanilla, presentándose al instante el criado.

—Al señor, que tenga la bondad de venir,—le dijo.

—No se halla en casa, señora. Ha salido á comprar el principio,—respondió el criado, que apenas podía respirar de risa.

La Marquesa se mordió los labios; pero no queriendo mortificar á Rosario, volvió á tomar su mano y le dijo:

—Mira, niña mía: deja á tu padre que viva á su gusto y que siga sus costumbres de lugareño; pero abandónalas tú, porque eso te perjudicará de una manera horrible. Toma hoy mismo una doncella, y no cosas ni planches.

—¡Una criada más, un nuevo gasto!—murmuró Rosario.—¿Y yo, qué he de hacer?

—¿Tú? Pasearte, vestirme bien, ir á los teatros, á los bailes, á las diversiones, recibir á tus amigas, y el día que tengas gana leer alguna novela de moda, ó bordar algunos minutos sentada al lado de tu elegante chimenea.

Juzgue el lector qué efecto producirían estas máximas en el alma de la timorata, económica y rígida Rosario. Escuchó á su madrina absorta al principio; pero cuando comprendió lo que le decía,

su semblante adquirió una expresión de frialdad y de ceño que no se escapó á la penetración de la Marquesa.

—Señora—repuso ella,—todo eso podrá ser muy á la moda, pero yo no lo haré nunca; me gusta la economía, y creo que Dios pide cuenta de todos los dispendios. En cuanto á mis trajes, aunque los tengo muy buenos y casi nuevos, como que nunca me los ponía, me haré uno para complacer á usted, pero de tafetán negro, que es el color que más me gusta.

Rosario, dicho esto, se levantó para ir á ponerse otro traje. La Marquesa la miró con asombro.

—¡Santo Dios, qué vestido!—exclamó;—¿son así de cortos todos los que tienes?

—No, señora. Los buenos son más cortos todavía.

—¿Y vas á salir con uno de esos?

—Pues ya se ve. ¿Para qué llevarlos más largos?

—Fortuna es que vamos en carruaje—dijo la Marquesa;—á pie, no te dejaría yo salir de esa manera.

Rosario no respondió. Entró en su gabinete, y un cuarto de hora después salió ataviada con un traje de gro tornasolado, que contaría, lo menos, seis ú ocho años de antigüedad, y cuya hechura no se había reformado desde que se hizo.

El color del vestido era casi encarnado, y, sobre él, llevaba un pañuelo de crespón color de

yema de huevo, que había sido de su madre, y un velo de encaje tupido como un paño, que había pertenecido también á la autora de sus días, y que llevándolo aquélla en los de gran gala, como Semana Santa y Corpus, creía su hija que le podía prestar iguales espléndidos servicios, y le conservaba como una joya.

—¡Qué pañolón! ¡qué mantilla!—exclamó la Marquesa.—¡Dios eterno! ¿qué dirán de tí? ¡No se van á reír pocol!

—Déjelos usted que se rían.

—Pero, criatura, ¿á tu edad no te importa caer en el ridículo?

—La economía no es ridícula nunca, madrina, si no degenera en miseria. Si yo fuera rota ó llevase manchas, sería ridícula; pero llevo un vestido nuevo y de tela cara; un excelente pañuelo, y una mantilla que á mi madre le costó sesenta duros; en fin, si usted se tiene á menos de salir conmigo, no la acompañaré á usted: de todos modos, lo que á mí me sobra son vestidos.

—Hija mía—repuso la Marquesa después de haber estado mirando á Rosario por algunos instantes con una especie de tierna conmiseración,—yo saldré contigo con el mayor gusto. Todos saben, porque yo lo he dicho, que ha venido una linda ahijada de un pueblo de Aragón, y, al verme contigo, no dudarán de que eres tú; además, poco me importaría aunque no lo supieran; pero lo que es preciso es que te vistas de otro modo, que obres

como una joven elegante y bien educada: ya que eres rica, no te duela algún pequeño dispendio.

—Señora, yo no puedo avenirme con los dispendios.

—QUERER ES PODER, hija mía.

—¡Quiera usted, pues, coger el sol que nos alumbra!—exclamó Rosario con su brusquería habitual, y acompañando su extemporánea salida con una carcajada.

—No se puede entender esto en absoluto—repuso la Marquesa, sin perder su dulce y aristocrática compostura.—Cierto es, querida Rosario, que hay muchas cosas que no se pueden hacer aunque se quiera; pero hay infinitas otras que las logra una firme voluntad: el que tú adquieras elegancia y distinción, es una de ellas; lo es también el que dulcifiques, si no tu carácter, al menos tu lenguaje y tus maneras. Hija mía, no hay genio malo: no hay más que buena ó mala educación. La virtud, tan severa como, según yo veo, la entiendes tú, no hace más que enajenar todas las simpatías. Sé indulgente con todos, y también un poco contigo misma.

Rosario no respondió nada, pero tampoco quedó convencida.

A los veintidós años es difícil ya variar de carácter, y menos si la primera dote es la terquedad y ese fatal orgullo que dice:

—Lo que yo hago es lo justo, lo bueno, lo mejor, en una palabra.

#### IV

Conducida Rosario por su bondadosa y encantadora madrina á casa de una de las modistas de más fama de Madrid, sólo encargó un traje de glasé negro, con muy poco adorno *y no muy largo*.

La Marquesa llamó aparte á la modista; le encargó otro de seda de un elegante color claro y adornado con gusto, y además un sombrero sencillo, pero bonito, advirtiéndole que le llevasen la cuenta á su casa, y el equipo á la de Rosario.

Esta, descansada del gobierno de la casa por Casilda, que se entendía con los otros criados, consintió en salir algún día con su madrina y dar algunas vueltas por la Fuente Castellana, al trote del brioso tronco de la berlina de aquélla.

La hermosura de la joven era tan notable, que llamó al instante la atención de los concurrentes al aristocrático paseo; se informaron de quién era, y se supo la verdad: que era hija única de un rico hidalgo aragonés, muy brusco y muy ordinario, pero que adoraba en ella, y que la dejaría dueña de dos millones á su muerte, amén del medio en onzas de oro que le tenía ofrecido para el día que se casara.

Desde que esta noticia corrió, la tertulia de la Marquesa, que recibía dos días á la semana, se vió aumentada de un modo considerable. Los jóvenes de la nobleza se disputaban las preferencias de la bella Rosario; pero estas preferencias no pasaban de alguna mirada bastante fría ó de alguna sonrisa algún tanto burlona.

Rosario iba á casa de la Marquesa las noches que ésta recibía; algunas la acompañaba al teatro, y las demás permanecía en su casa.

El contacto con aquella elegante sociedad, de maneras dulces y comedidas; con aquellas damas, que sólo sabían decir palabras agradables y lisonjeras; con aquellos hombres, que siempre tenían la miel de la lisonja en los labios, labró algo la ruda índole de Rosario, y le enseñó hasta cierto punto á usar de mucha reserva cuando alguna cosa le desagradaba, sin dar su parecer, por ofensivo que fuese, á las personas que la escuchaban, según toda su vida había acostumbrado á hacer.

Como estaba dotada de muy buen talento, comprendió asimismo que su peinado antiguo y sus vestidos cortos podían ser económicos y poco trabajosos, pero de un gusto pésimo, y que hacía muy mala figura al lado de las elegantes jóvenes que rodeaban á la Marquesa.

Había, entre los caballeros que frecuentaban aquella amena y franca tertulia, un joven de la más bella figura: llamábase José Molina, y era hijo de una familia noble, aunque pobre.

Todos, empezando por la Marquesa, le llamaban Pepe, y todos le querían por su dulce carácter, su caballerosidad y sus escogidas maneras.

Criado Pepe por su madre, señora distinguida y viuda de un general, con la mayor ternura, y dotado él mismo del carácter más bello, su existencia se había deslizado dulce y hermosa como la corriente de un arroyuelo.

Su madre había costeadado su carrera de ingeniero industrial, con sólo el auxilio de su viudedad; pero Pepe, queriendo ayudar de algún modo á la que tanto debía, y habiendo ocupado sus ratos de ocio en aprender á pintar, logró sobresalir en este arte y hacía paisajes de raro mérito que le pagaban bien.

Su madre había sido amiga de la madre de la Marquesa del Puerto, y ésta conservaba gran afecto hacia aquella bondadosa anciana, que jamás faltaba á su tertulia acompañada de su hijo.

La Marquesa quería á Pepe como á un hermano menor, y ambos se tuteaban; en cuanto á la generala—así llamaban todos á la señora de Molina,—la quería también, como ya queda dicho, de un modo entrañable.

Pepe tenía veinticuatro años, y había terminado su carrera con gran brillantez. Sus ojos, de azul obscuro é intenso, de dulce y leal mirada, retrataban la bondad y la honradez; pero también se leía en ellos un orgullo algo exagerado y no poco susceptible. Era más fácil para Pepe morir que

cometer una baja: todo lo conseguía de él la bondad; pero aquella generosa naturaleza se hubiera rebelado fácilmente contra la fuerza.

Sus cabellos negros, espesos y brillantes, guarnecían una frente noble. Era distinguido en sus gustos y en sus maneras, afable, risueño y de carácter igual; su fisonomía, expresiva y algún tanto melancólica, pintaba todas las sensaciones que experimentaba.

Rosario, que había recibido con frialdad cuantos obsequios se la habían dirigido, se aficionó á Pepe sin que ella se apercibiese de semejante cosa. La bella figura de aquel joven, y su carácter, más bello todavía, la interesaban; él era tímido, callado y pobre: tres hermosas cualidades para la altiva é irreprochable Rosario, pues por nada del mundo se hubiera unido ella á un hombre rico y superficial.

Pepe, por su parte, admiraba la belleza de Rosario, su reserva y su modestia, influyendo no poco en su opinión la de su madre la generala, que aclamaba á la hija de Maroto por el modelo de las jóvenes.

—Y este modelo—dijo un día la Marquesa á su anciana amiga,—tiene unos tres millones de fortuna.

—Entonces—observó tristemente la generala,—es imposible para mi hijo.

—¿Por qué, señora?—exclamó la Marquesa sorprendida.

—Porque es él demasiado orgulloso para aceptar una mujer tan rica.

—A usted le toca quitarle esos escrúpulos.

—Y yo no se los quitaré: en esta parte soy de su opinión.

—Pues esa opinión es una locura—observó la Marquesa.—¿Qué culpa tiene Rosario de ser rica?

—Ninguna; pero lo es. Además, ella tampoco pensará en mi hijo; y aunque pensara, su padre no se la daría.

—O sí. No hay en todo el mundo hombre más bendito que don Dámaso Maroto: lo que su hija quiera, aquello hará.

—¡Qué lástima que sea rica!—murmuró por lo bajo la generala.—¡Tan linda, tan buena, tan distinta de todas esas jovencitas casquivanas! ¡Qué lástima que sea rical